

ESTUDIOS RECREATIVOS.



Es preciso no omitir nada para hacerle volver á la vida. Ayudadme á llevarlo.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

I.

DEL PELIGRO DE LAS VENTANAS QUE CAEN AL RIO.

El 8 de agosto de 1536 estalló una violenta tempestad sobre la ciudad de Gante, al anochecer. Mientras que sus habitantes se apresuraban á meterse en sus casas para evitar los torrentes de lluvia que inundaban las calles, y que á cada relámpago se santiguaban devotamente, solo un jóven parecia gozarse en aquel trastorno de la naturaleza, y su frente habitualmente pesarosa tomaba una espresion de alegría que no le era ordinaria. Este jóven se llamaba Joos Claes, y ejercia como su padre Antonino la profesion de tornero, en la que era sobresaliente.

Nadie en todo el reino de los Países Bajos sabia como él tornear y cincelar el respaldo de un sillón ó el mango de ébano de un cuchillo, y no tenia manos bastantes para satisfacer á los encargos de sus parroquianos. Hubiera ganado mu-

cho dinero si hubiese sido tan trabajador como habil en su oficio, pero Joos trabajaba raras veces. Cuando se ponía al torno no tardaba en olvidarse su pie de menear la rueda, y su mano de hacer morder el cincel. Con la cabeza baja, sumido en una profunda meditacion, cuando su madre le llamaba para hacerle salir de ella, estremeciase sobresaltado cual si despertase de un pesado sueño, y se volvía para ocultar las lágrimas, que humedecian sus ojos. Entonces su madre, afligida de ver triste y consumirse en el dolor al hijo único que le quedaba, le instaba, le suplicaba le confiase el secreto que tanto le desesperaba asegurándole que ella encontraria medio de consolarle, empero él la contestaba que no tenia secreto ninguno; volvía á ponerse á trabajar, y poco despues volvía á caer en su melancolía, y á derramar lágrimas.

Juzgad de la inquietud de la pobre viuda, que de una familia de siete hijos adorados, y un marido muy bueno, solo conservaba este hijo único. Los niños, todos habian muerto en un mes, de una enfermedad contagiosa, y el padre, que no habia podido soportar tan dolorosa pérdida, fué á reunirse con sus hijos en el cielo. Gertrudis á fuerza de cuidados y de vigilar habia logrado salvar al niño Joos, de

SEGUNDA SERIE.—1853.

AÑO XIII. 2

edad entonces de cuatro años. Había concretado en él todo su amor, todo su cariño, hubiera dado su vida entera por ver renacer en los labios del joven la sonrisa franca y serena que brillaba en sus labios cuando niño, empero ya lo hemos dicho, una sombría tristeza, un pesar secreto minaba lentamente su existencia.

Todos los días, así que llegaba por la noche la hora de la queda, hora en que las gentes se retiraban á sus casas, Joos salía de la suya y se iba á vagar, Dios sabe donde, á riesgo de que le hiciesen fuego y le matasen las numerosas patrullas que recorrían la ciudad.

Una vez quiso su madre oponerse á estas salidas peligrosas, empero el joven respetuoso y dócil en todo, la desobedeció, y desde entonces la madre no volvió á decirle nada, no volvió á esponerse á ser desobedecida, y le dejó salir á pesar de la mortal angustia en que se quedaba hasta que lo veía volver.

El día, cuya fecha hemos colocado á la cabeza de esta historia, Joos que parecía muy contento con la tempestad, se embozó en su capa á las diez, y salió de su casa como de costumbre rodeando por varias calles para burlar á los que hubiesen intentado seguirle hacia el barrio situado sobre la orilla del Liera.

Así que hubo llegado cerca de la calle de.... desató una barquilla atada á una anilla de hierro, metióse en la barquilla, y se dirigió á una casa que había á unos doscientos pasos casi, y cuya espalda bañaba el río. Examinó cuidadosamente las ventanas de esta casa, vió luces en el interior de las habitaciones, y aguardó pacientemente, y sin cuidarse de la lluvia que sobre él caía, á que se apagasen las luces.

Cuando hubo desaparecido la última luz, cerca de un cuarto de hora despues, se abrió muy poco á poco una ventana; Joos levantó vivamente la cabeza, y con los ojos llenos de alegría, desató una escala de seda que llevaba ceñida á la cintura, y la ató á un cordon que le echaron desde la ventana, y al resplandor de un relámpago, Joos pudo ver dos manos blancas atar la escala á las barras de hierro que había en la ventana. Joos saltó rápidamente sobre éste débil apoyo, y se encontró cara á cara con una joven, cuya frente intentó besar, pero que haciéndose dulcemente hacia atrás, le hizo estampar su beso en la fría reja.

—No, Joos, le dijo, no; habeis jurado mirarme como una hermana hasta el día en que la misericordia divina se compadezca de nuestra ternura. Cumplid vuestra promesa. ¡Dios mío! ¡no basta para una joven esponer así por vos su vida y su honor! Porque si se supiesen en la ciudad nuestras nocturnas entrevistas, perdería para siempre mi reputación, y si mi padre descubriese que á pesar de su prohibición no he renunciado á amaros, me mataría.

—No teneis necesidad de recordármelo, replicó el joven, no he olvidado que Stina Becmans es la hija del jefe del gremio de los carniceros, que es rica, y que obstáculos insuperables me separan de ella.... adiós.

—Volvemos á las locuras de siempre, Joos, á la verdad que no merecía la pena de esponernos así, pará venir á reñir.

Y sea casualidad, sea de propósito, su blanca mano se halló fuera de los hierros y al alcance de los labios del tornero que la dió un amoroso beso, objeto de la disputa; Stina no retiró su mano sino despues de haber dejado á su amante que lo repitiese por tres veces.

—Y bien, le dijo ella, ¿habeis hablado á vuestro tío Ulens, podemos contar con él?

—¡Ay! mi tío, ni aun ha querido escucharme. ¡Oh! creedme, Stina, renunciad á vuestro fatal amor por un miserable, que tantas lágrimas os cuesta, y que concluirá por arrastraros al abismo de sus desgracias.

—Creéis que Stina Becmans tenga tan poca resolución y perseverancia, Joos. ¡No, por Santa Justina mi santa patrona, soy hija de mi padre, y nada podrá hacer variar mi resolución!

—Gracias, Stina, gracias porque me volveis las fuerzas y me haceis feliz.

—¡Adiós, Joos, hasta mañana; oigo ruido en la casa, apresuraos á huir.

Esta vez fué sobre la frente de Stina donde los labios de Joos imprimieron un beso.

Con el corazón embriagado de alegría bajó precipitadamente la escala para entrar en la barquilla. Los pies del joven no encontraron mas que el río; la barquilla había desaparecido. Joos creyó que el movimiento de las olas la habría apartado á alguna distancia corta, y alargó las piernas para tratar de encontrarla y recogerla, pero fué inútil su esfuerzo. En aquel momento, Stina, que creía que ya había bajado, desataba la cuerda de la escala, cayó en el agua hasta la cintura, é infaliblemente hubiese perecido si por una especie de milagro no se hubiesen sus manos asido maquinalmente de un gancho de hierro que se hallaba clavado en la pared.

Agarróse á él lo mejor que pudo, empero no tardó en conocer que el gancho viejo, carcomido y gastado por el orín, estaba clavado en la junta de dos piedras, y cedía á su peso poco á poco, é iba á dejarle sumirse en un abismo. Su muerte era infalible, porque en aquel sitio tenía el río veinte pies lo menos de fondo. No le quedaba mas recurso que ganar la orilla á nado, pero el río era bastante ancho, y completamente oscura la noche, y furiosa la tempestad. Para colmo de desgracia, al subir por la escala no se había quitado la capa, y empapada ésta de agua, y arrollada á su cuerpo pesadamente impedía la acción y movimiento del desgraciado. Recomendó su alma á Dios en una corta oración, soltó su mano del gancho, y extendió sus brazos para nadar. En aquel mismo momento le dieron un fuerte golpe con un remo en la cabeza, y una carcajada se confundió con el silbido de los vientos, con el bramido de la tempestad. Despues una barca conducida por dos hombres, y que había permanecido fija delante de la ventana desde el momento en que Joos había subido á ella por la escala de seda, se alejó de allí á todo remo.

En tanto que esto sucedía por fuera, el maestro Becmans entraba en el cuarto de su hija, y acercaba al rostro espantado de Stina la luz de una linterna que llevaba en la mano.

—¡Pichona! la dijo con una amarga sonrisa, las jóvenes que toman por la noche el fresco en la ventana, se esponen á resfriarse. En lo sucesivo vuestro cuarto será el gabinete que hay inmediato á mi alcoba. Marchad á ocuparlo ahora mismo. Es un cuarto sombrío y muy conveniente para rezar en él un *de profundis*, y no hareis mal en rezarlo, porque puede que alguno lo necesite.

—¡Padre mío, padre mío! ¿qué quereis decir? exclamó Stina, á quien un espantoso temor hizo vencer el terror que le inspiraba su padre.

—Nada, replicó éste tranquilamente. ¿No debemos rezar por todos los cristianos? Hay una horrible tormenta, y tal vez algun barquero que se aventure á pasar el río á estas horas podría tener algun peligro. Vamos, pues, á rezar el *De profundis*.

—¡Padre mio, por piedad, salvadle! replicó la jóven arrojándose á los pies de Becmans, y abrazando sus rodillas.

—Cállate, hija desvergonzada, cállate, y no hables mas de ese miserable, que se burlaba de tu honor, y que te esponía á una afrenta pública. ¿Crees tú que hubiera pasado mucho tiempo sin saberse en la ciudad tus nocturnas citas? Escucha: no se oye ya nada, ni el ruido de remos, ni voz de hombres.... oigo la puerta de la casa que se abre... Son tus hermanos que vuelven. Han vengado el honor de su familia.

Stina no oía ya nada, yacia desmayada en el suelo á los pies de su padre. Miróla éste friamente, la cogió en brazos, y la echó sobre una cama, y se fué á reunir con sus dos hijos que le aguardaban en la estancia inmediata.

—¿Y bien, muchachos? les dijo.

El hijo mayor le enseñó un remo teñido en sangre.

—Rompe ese remo, dijo Becmans, rómpelo y echa los pedazos al fuego: que no pueda nadie sospechar nuestra venganza. Es preciso que la muerte de nuestro enemigo se atribuya á la casualidad. Mañana cuando os hablen de ella responderéis: «¡Es una lástima, era un buen muchacho!» Buenas noches; ahora idos á acostar; ¡os habeis portado bien!

Dióles un abrazo, y despues se sentó delante de la chimenea, en donde ardían los pedazos ensangrentados del remo, y concluyó por dormirse despues de haberse echado á pechos tres jarros de cerveza que hubiesen bastado para emborrachar á un bebedor menos fuerte que él.

Mientras se verificaban estos sucesos, dos hombres embizados en sus anchas capas, cubierta la cabeza con grandes sombrerones de fieltro, recorrían silenciosamente las solitarias calles de Gante. De tiempo en tiempo parábase el uno de ellos para contemplar al resplandor de los relámpagos alguno de los edificios: despues continuaba su marcha, siempre seguido de su mudo y pasivo compañero. Así llegaron á la orilla del muelle. Allí como si encontrase un placer en el ruido de las aguas, en el silbido de los vientos, el que parecia hombre de mas importancia de los dos paseantes nocturnos, se sentó en la orilla, sin cuidarse de la lluvia, y se puso á mirar fijamente las olas que chocaban entre sí, agitadas y movidas por la tempestad. Mientras que así meditaba en medio del desórden de los elementos, su compañero menos reflexivo y meditabundo daba golpes con el pie en el suelo para poder entrar en calor, se arreglaba los pliegues de su capa, y parecia muy poco satisfecho de hallarse á aquella hora á la orilla del Liera. No osaba, sin embargo, moverse de allí ni manifestar su descontento. El otro no se cuidaba del pobre muerto de frio mas que si estuviese enteramente solo.

Al fin cesó la tempestad, se disiparon las nubes que encapotaban el cielo, y brilló la luna, cuyos rayos se reflejaron en las aguas de la Liera. El anciano sentado exclamó entonces:

—¿Conde, ved ahí la imagen de mi destino! La tempestad y la noche por de pronto, y al fin el descanso y el esplendor de la vida eterna; los pensamientos del mundo negros,

y sombríos, los pensamientos del cielo puros y brillantes.

Un profundo saludo sirvió á la vez de contestacion y asentimiento á esta exclamacion.

—¿Pero qué es lo que se ve allá abajo sobre el agua? replicó el anciano, ¿no veis una cosa que flota sobre el río? ¡Vive Dios! ¡que es un hombre que se ahoga! Preciso es socorrerle.... no, es un cadáver. Ved, está sobre el agua, tieso, sin movimiento alguno segun lo que permite ver la claridad de la luna. Su cabeza parece cubierta de sangre; ayudadme, conde, á traerlo hácia la orilla. Las olas lo traen hácia aqui, y con vuestra espada podremos acercarlo.

Con un brusco movimiento de impaciencia arrancó de manos de su compañero el arma de que se servia éste con torpeza, é inclinando el cuerpo hácia el agua, logró enganchar el puño de la espada que tenia agarrada por la punta, en los vestidos del ahogado, tiró de él atrayéndolo á la orilla.

—Es un jóven, dijo, su corazon no palpita ni se percibe aliento en sus labios, empero no importa, es preciso no omitir nada para hacerle volver á la vida. Tal vez no esté muerto. Ayudadme á llevarlo.

Tomó el cadáver por la espalda, y su compañero lo levantó por los pies, y los dos se dirigieron así hácia la plaza de Empoal. Encontrólos una patrulla, y el oficial que la mandaba, quiso averiguar que motivo tenían para andar así por las calles dos hombres cargados con un cadáver. Así que el compañero del anciano hubo pronunciado algunas palabras, el oficial se quitó respetuosamente el sombrero, y mandó á dos de sus soldados que cargasen con el cadáver y obedeciesen en todo las órdenes que les diesen aquellos dos desconocidos. Hicieron estos trasportar el cadáver hasta una puertecita oscura cuya llave tenia el anciano. Abrióla, é inmediatamente se presentaron tres criados, que á una señal suya recibieron el cuerpo del ahogado de los soldados, y lo subieron por una escalerita de caracol que venia á dar junto á la puerta, y conducía á unas grandes habitaciones.

Allí pusieron el cuerpo en una cama, y dos de los criados comenzaron á hacer algunos remedios bajo la direccion del anciano, á quien manifestaban la mayor sumision y respeto.

—Que vayan á buscar un sacerdote y un médico, dijo al tercer criado, que en silencio esperaba sus órdenes, para salvar el alma, si no se le puede salvar el cuerpo.

Algunos minutos despues ya estaban allí el sacerdote y el cirujano.

El anciano, fatigado con su escursión, se sentó, ó mas bien se dejó caer sobre un gran sillón. Fácil era conocer que mas la fatiga que la edad tenia encorbada su espalda y arrugada su frente: su barba algo rubia y puntiaguda, sus ojos vivos, penetrantes, cuya mirada no se podia resistir, daban á su rostro pálido y á sus megillas saltonas una expresion mas bien amarga que dura, y sin embargo, el conjunto de sus facciones inspiraba una especie de temor á cuantos le rodeaban, y que experimentaron aun el sacerdote y el médico. Su vestido era de los mas sencillos, de paño grueso de Flandes, gris, y en el corte y en la hechura el sastre habia consultado mas á la comodidad que á la elegancia y á la moda de aquel tiempo. A una señal que hizo con la mano, le quitaron la capa que estaba calada con la lluvia, y se mudó de calzado poniéndose unas anchas buecas de terciopelo negro forradas de armiño. El cuidado

personal no le impidió velar y dirigir los socorros que se daban alabogado, en el que sin duda nuestros lectores habrán reconocido al pobre Joos.

II.

LA COMPRA DE UN ALMA.

En el siglo XVI muchas preocupaciones sobre el modo de curar á los ahogados, preocupaciones que en su mayor parte no han envejecido en nuestros días en las tradiciones del pueblo, eran miradas como artículos de fé médica. La primera tentativa de curación que se practicaba consistía en colgar al enfermo por los pies, tenerlo boca abajo, para hacerle arrojar el agua que hubiese tragado: lo que bastaría para matar en pocos minutos al hombre mas sano. Gracias á Dios no fué así como el médico llamado por el anciano trató al tornero. Le sangró, le puso unos reparos en el estómago, le mandó dar friegas en todo el cuerpo, y cuando logró con el calor escitar la reacción, le envolvió en una manta de lana, y dejó que una abundante transpiración reanimase completamente su existencia. Cuando el joven comenzó á exhalar algunos suspiros, á mover los brazos, y á abrir los ojos, el anciano hizo una señal para que se retirasen todos los que se hallaban en la estancia, y solo quedaron al lado de la cama el sacerdote, el médico, y el que los había hecho llamar.

Joos se incorporó en la cama, y miró con asombrados ojos aquellos sitios desconocidos para él. Cuando vió á su derecha al venerable sacerdote, y á su izquierda el extraño rostro del anciano, creyóse entre San Pedro y el demonio que se disputaban su alma, y por un movimiento instintivo se arrojó en los brazos del religioso exclamando:

—¡Protegedme!

Comprendió el anciano el pensamiento del resucitado, y se echó á reír, pero de un modo tal, que aumentó el terror del pobre muchacho.

—De mí solo depende tu destino, le dijo con voz grave é imponente. Sin mí, hubieras muerto; por consiguiente me pertenece tu vida. Con una palabra, con un gesto, puedo volverte á la tumba de donde te he sacado.

Estas palabras, como se comprende muy bien, no tranquilizaron á Joos, muy débil aun, después de su largo desmayo.

—Responde sin rodeos á las preguntas que voy á dirigirte, continuó el anciano, y cuida de no engañarme, porque á mí no se me engaña impunemente. ¿Por qué causa te he encontrado herido en la cabeza, anegado en el río y flotando tu cuerpo en la corriente? Habla pronto: habla sin rodeos, te repito, y como si estuvieses en la hora de la muerte haciendo tu última confesión.

Tranquilizóse un poco el joven con estas palabras, que comenzaron á hacerle comprender que no había muerto, que no tenía que habérselas con ningún demonio, sino con hombres como él. Contó sencillamente y en pocas palabras y con la mayor sinceridad sus amores con Stina, sus citas nocturnas y su fatal desenlace.

—¿Por qué te niega el carnicero la mano de su hija?

—Porque soy pobre y oscuro, mientras que él es rico y jefe de su gremio.

—¿Cómo has dejado ignorar á tu madre tus amores?

—Porque sabía que mi amor era insensato, lleno de peligros y de pesares, y no quería apesadumbrar á mi madre y arrastrarla en el abismo de mi desgracia.

—Y por tanto la has arrastrado á él, repuso el anciano sin compasión. Mírala separada para siempre de su hijo, sin consuelo, sin apoyo en su vejez. Mírala viuda de su hijo, como ya estaba viuda de su marido!

Joos se cubrió con sus manos los ojos, de que se desprendían dos arroyos de lágrimas.

—En cuanto á Stina, no me parece mas feliz su suerte. Si han descubierto vuestras citas nocturnas, si te han herido mortalmente debajo de su ventana, debe de haber sido por orden de su padre. Este padre que hace asesinar al amante de su hija, no me parece que se mostrará mas indulgente con la que le ha engañado!

—¡Piedad! ¡oh! ¡piedad! gritó fuera de sí Joos. Daria mi vida entera por reparar las fatales consecuencias de mi loco amor; daria la salvación de mi alma... ¡Dios me perdone estas blasfemias! dijo interrumpiéndose y haciendo la señal de la cruz.

—Esas son palabras vanas que se desvanecerán delante de la realidad, dijo el anciano con su sonrisa amarga y desdenosa.

—No, yo os lo juro, replicó Joos, que sin embargo sintió estremecerse todo su cuerpo al ver aquella infernal sonrisa, volviéndole sus temores de que estaba conversando con Satanás.

—Escúchame bien, Joos Claes, y piensa en la respuesta que vas á darme, porque en este momento te encuentras en la circunstancia mas grave de tu vida. Si te ofreciesen reparar las consecuencias de tus faltas, consolar á tu madre, devolver el honor y la tranquilidad á Stina, y añadir á todo esto un mes de felicidad para ti al lado de tu madre y de tu muger, ¿sentiría tu corazón bastante agradecimiento para consagrarle alma y cuerpo á tu bienhechor, mientras necesitase de tus servicios? Consagrar á él tu alma y tu cuerpo, ¿lo entiendes bien?

Joos sintió en todo su cuerpo un sudor frio, y que iba de nuevo á desmayarse.

—Ya lo ves, no eres mas que un miserable egoísta, indigno del interés que me inspiras. Rehusas reparar á tu costa el mal causado á dos pobres mugeres, sumidas en la desgracia por haberte amado demasiado, por haberte prodigado ese amor, esa abnegación que tanto te cuesta dar.

—No lees en mi pensamiento, replicó Joos después de un momento de seria reflexión. No se hacen ligera y aturdidamente semejantes promesas. Escuchadme ahora á mi vez: juro aunque fuésemos el mismo diablo, y al decir estas palabras se santiguó devotamente, y vió con alegría que no se turbaba el anciano, juro, continuó, consagraros toda mi voluntad, ser vuestro en cuerpo y alma en cuanto me mandéis, con tal que saqueis á mi madre y á Stina de su inquietud. Las pondréis para siempre á cubierto de la desgracia, me dejareis vivir un mes á su lado, y el resto de mi vida es vuestro.

—Acepto, dijo el anciano. Ahora, como nuestra conversación ha podido fatigarte, toma esta bebida y duérmete tranquilo y confiado. No tardarás en ver el efecto de mis promesas.

Joos tomó la copa que le presentaban, y bebió de un trago su contenido. Bien pronto á pesar de la preocupación

que le causaba su extraordinaria aventura, y la gravedad del pacto que acaba de hacer, no tardó merced á la eficaz virtud de la bebida, en dormirse dulce y profundamente.

En tanto que Joos se comprometía así por su madre, la pobre muger pasaba la noche en la mas terrible agonía. A cada instante escuchaba puesta en la ventana á ver si oía los pasos de su hijo que debían sacarla de tanta ansiedad. Por mucho tiempo no oyó mas que el silbido de los vientos y el estruendo de los truenos. A aquel tumulto de la naturaleza siguió un silencio mas terrible, mas pavoroso aun. Parecía á Gertrudis un funesto presagio de muerte, y sin su resignación cristiana, y si no hubiese apelado á la oración, indudablemente hubiese sucumbido á sus emociones. Pasaban lentas las horas de la noche, parecíanle siglos, y comenzaba ya aparecer el alba, y Joos no volvía. Al fin oyó el ruido de pasos en la calle... ¡Ay! en seguida conoció que no eran los de su hijo... sin embargo, detuvieronse delante de su puerta, dieron golpes con el aldabon, y mil terribles presentimientos asaltaron su afligido corazón.

No hay palabras con que espresar todo lo que sufrió la pobre madre, mientras pudo llegar á abrir la puerta. Era un anciano de venerable aspecto el que había llamado á ella.

—¿Mi hijo?... ¡Ha sucedido alguna desgracia á mi hijo? le preguntó llorando la infeliz anciana.

—Yo no soy portador sino de buenas noticias, respondió el mensajero con acento grave. Si quereis ver á vuestro hijo, no teneis mas que venir conmigo. Solamente que tendreis que consentir en que os vende los ojos, empero no tengais miedo; os juro por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro salvador, que no debeis de tener ningun miedo ni cuidado.

Tratábase de volver á ver á su hijo, su hijo cuya ausencia nocturna tan cruelmente la había alarmado, y la madre no titubeó ni un instante. Tranquilizábase ademas el porte y las maneras del anciano que venia á buscarla. Dejose, pues, cubrir los ojos con un pañuelo, agarróse del brazo de su guía, y este despues de haber dado á propósito algun rodeo por las calles á fin de que no pudiese conocer á qué barrio se dirigia, se detuvo delante de la casa, cuya puercecita le hemos visto abrirantes esta misma noche.

Mientras esto le sucedia á Gertrudis, dormia aun tranquilamente el carnicero delante de la chimenea donde había arrojado el remo ensangrentado. De repente oyó llamar fuertemente á la puerta de la casa, despertóse sobresaltado, y preguntó brutalmente quién era, y qué querian á aquella hora.

—Abrid en nombre de su magestad católica, le respondieron.

Y en efecto, vió al través de la rejilla de la puerta á dos agentes de la policía seguidos de una escolta de soldados.

—¿Y qué me quiere su magestad católica? respondió.

—Abrid, abrid sin tardanza, respondió el oficial, ó si no echamos la puerta abajo. Os prevengo amistosamente que toda resistencia es inútil; la casa está cercada por todas partes con soldados, y debajo de las ventanas que dan al rio hay lanchas apostadas.

El carnicero cuya conciencia no estaba limpia como saben nuestros lectores, conoció que la autoridad había descubierto algo del asesinato cometido aquella noche, y obedeció á las órdenes del magistrado, afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de tener.

—¿Desde cuando, preguntó, se sirven de los soldados para llamar de orden del magistrado al jefe del gremio de los carniceros?

—Desde que se encuentran cadáveres ensangrentados debajo de las ventanas del jefe del gremio de los carniceros, replicó en voz baja el oficial. Vamos, pues, maestro, acompañadme á donde tengo orden de llevaros. Vuestros dos hijos y vuestra hija deben tambien venir conmigo. Si no quereis que haya un escándalo en la casa recomendadles que sean dóciles.

De muy buena gana hubiera el carnicero apaleado al oficial de los esbirros, y de seguro lo hubiese hecho á haber podido llamar en su ayuda á los miembros de su gremio. La empresa del magistrado conducida con el mas admirable secreto y prontitud, no le dejaba medio alguno, y los soldados llevaban encendidas las mechas de sus arcabuces. Puso buena cara á su mala fortuna, llamó á sus dos hijos, á quienes hizo vestir, y fuese á buscar á Stina, cuyo rostro cubrió con un espeso velo, y siguió al magistrado, resuelto á mirar si hallaba en el camino alguno de los carniceros para que previniesen á los de su gremio el peligro en que se hallaba y que acudiesen á su socorro.

Desgraciadamente para él, vendáronle los ojos como habían hecho con Gertrudis. Pusiéronle ademas por precaución una mordaza en la boca, y ni él ni los suyos supieron á donde los llevaban. Cuando le dejaron libre la boca y le destaparon los ojos hallóse delante de un anciano.

A su vista dobló el carnicero ambas rodillas en tierra.

—No son vanas muestras de respeto las que yo quiero, dijo con cólera este. Ya has sido indultado por haber cometido una muerte, y de nuevo has vuelto á derramar sangre. Teneis un cuarto de hora tú y tus hijos para encomendar vuestra alma á Dios. Tres horcas os aguardan en la plaza del Viernes. Que vengan los confesores.

El maestro Becmans revolvía sus ojos espantados como un lobo cogido en el lazo, tenia la rabia y la estúpida cobardía de este animal.

—¿Qué muerte he cometido? trató de preguntar, empero el estremecimiento de todo su cuerpo desmentía su falsa seguridad.

—La de Joos Claes.

—¿Joos Claes ha muerto? gritó Stina, y al mismo tiempo cayó desmayada á los pies de su padre, sin que este se moviese para socorrerla.

—Es preciso un juicio público y legal para condenarme, dijo el carnicero despues de un momento de reflexion. Yo reclamo las franquicias y fueros de los ciudadanos de Gante.

—Has sido condenado antes á muerte por la parte que tomastes en el motin de Creessers; tu condena está solo suspendida, no hay ningun acto que haya sancionado tu perdon. Serás ahorcado dentro de una hora como Creesser. Encomienda tu alma á Dios.

—¿No podría rescatar mi vida con una fuerte multa? preguntó Becmans.

—Los bienes de los condenados á muerte pertenecen al fisco.

—Entonces que me den un jarro de cerveza y que me traigan un sacerdote, añadió con mentida sangre fria, porque sus megillas se pusieron horriblemente pálidas.

—Puedes rescatar tu vida con una condicion.

—¿Cuál? preguntó con ansiosa precipitación Becmans.

—La de escribir debajo de este papel sin leer las condiciones que contiene, «Acepto las cláusulas que contiene, y me obligo á tenerlas por buenas y valederas sin restriccion ni oposicion alguna.»

—No firmaré sin saber lo que prometo.

—Bastante tiempo ha durado ya esta conversacion. Llamad al sacerdote y que esté pronto el verdugo... Llevad á la estancia inmediata á esa jóven, que gracias á Dios comienza á volver en sí.

Marchóse el anciano, y el sacerdote se acercó al carnicero.

—Hijo mio, le dijo, arrepentíos de vuestros pecados y pensad en la eternidad que teneis tan cercana. Habeis manchado con sangre vuestras manos, y Dios ha dicho: ¡maldito el que derrama la sangre de su prójimo!

—Quisiera hablar á mis hijos por última vez, dijo el maestro Becmans, cuyo terror era cada vez mas visible.

—Están ocupados en la salvacion de su alma, y os conjuro por Dios, hijo mio, á que los imiteis. No penseis en las cosas de este mundo, volved vuestros ojos hácia la muerte, hácia la eternidad que teneis delante.

—¿No sabeis, padre, lo que contiene el acta que me querian hacer firmar?

—Lo ignoro, empero ya es demasiado tarde para pensar en ello, puesto que lo habeis rehusado. ¡Hijo mio! en nombre del cielo orad y arrepentíos.

En aquel momento se presentó el verdugo con un grueso lio de sogas debajo del brazo.

—Maestro Becmans, le dijo, vengo á pedir os perdon de la muerte que voy á daros. Soy mandado, y cumplo con mi obligacion.

—Te doy, le dijo el carnicero en voz baja, mil monedas de oro si quierdes avisar á los carniceros de lo que me pasa, de mi próxima muerte, que al menos tenga yo el consuelo de despedirme de ellos.

—Sí, para que armen un tumulto al pie de la horca, para que saquen sus cuchillas para libertaros. Buen pensamiento cristiano, maestro, para estos momentos. Si hiciese lo que me pedís, no tardaria yo en ver cómo mi ayudante hacia conmigo lo que voy á hacer con vos.

—Consiento en firmar todo lo que se me pide, padre mio. Os conjuro á que vayais á decir que estoy dispuesto á obedecer, á aceptar todas las condiciones sean las que fueren.

—Cedo á vuestros deseos, sin esperanza de conseguir nada, dijo el religioso. Sabe Dios si aun podré llegar á la presencia del que puede disponer de vuestra suerte.

—Despachaos pronto, dijo el verdugo, porque debo terminar antes de media hora mi faena para evitar un conflicto con las gentes de la ciudad.

No es fácil pintar las angustias del carnicero durante la ausencia de su confesor. Al fin volvió este acompañado del anciano, cuyo semblante expresaba mas desapiadadamente que nunca la ironía y el sarcasmo.

—¡Hola, maestro! le dijo burlándose, para un hombre que tan fácilmente mata á otros, parece que te asusta y aterra la horca... Vamos, escribe y firma... ¡Está bien! Ahora quedarás mi prisionero hasta que me plazca enviarte á tu casa. Piensa bien que la menor tentativa para escaparte ó para ponerte en comunicacion con cualquiera de fue-

ra, es la señal de romper nuestro pacto... y la vuelta de este hombre, y al mismo tiempo con la mano señalaba al verdugo, que se iba alejando de aquella estancia. Duerme, si te deja tu conciencia. Van á llevarte al cuarto destinado para tí.

Un soldado llevó al maestro Becmans á su reclusion. Las ventanas de esta daban á un patio interior, y tenian fuertes y espesas barras de hierro. En vano el carnicero trató de conciliar el sueño: toda la noche oyó los pasos de dos centinelas que paseaban delante de su puerta.

III.

PROMESAS CUMPLIDAS.

Encerrado en un aposento que se parecia mucho á una prision, y que guardaban dos centinelas, el gefe del gremio de los carniceros no las tenia todas consigo; inquietábase viendo que pasaban horas y horas sin que le pusiesen en libertad. Así es que con grande alegría oyó descorrer los cerrojos y volver la llave de la cerradura de su aposento, empero esta alegría convirtiéndose al punto en terror, porque la persona que entró era el verdugo.

—¡Maestro! le dijo nuestro hombre, que tenia un maligno placer en ver el terror de su prisionero, vengo á traer os las órdenes de un conocido vuestro. Es decir que si las quebrantais, no tardarán mis manos en colocar en vuestro cuello la órden de Santa-Soga. El susodicho que aqui me envia os hace saber, que si revelais quien es, si lo dais solamente á entender, si hablais una palabra de cuanto ha pasado no teneis mas que decir *in manus tuas Domine commendo spiritum meum*. Ahora podeis cuando gustéis marcharos á vuestra casa á aguardar nuevas órdenes.

No se lo hizo decir dos veces el carnicero; bajó las escaleras saltando los escalones de cuatro en cuatro, y cuando se vió fuera de la puerta aspiró tres ó cuatro veces el aire libre con toda la fuerza de sus pulmones, y respiró á su placer por la vez primera despues de los sucesos de la noche anterior.

Tomó en seguida el camino de su casa, y con gran sorpresa vió que sus criados y sus dependientes adornaban la fachada con ramage verde, cintas y guirnalda, mientras que los miembros de su gremio, vestidos como en los dias de fiesta, estaban formados en buen órden y en fila.

—¡Y qué! le gritaban de todas partes, aun estais sin vestir y ya es la hora de la ceremonia. ¿Qué dirán de vuestra ordinaria puntualidad?

—¿La ceremonia? iba á preguntar el carnicero, empero estas palabras espiraron sobre sus labios, porque vió entre la muchedumbre de los curiosos al verdugo, que levantaba en el aire el pergamino que el anciano habia hecho firmar la vispera al maestro Becmans.

—Dentro de algunos minutos estaré listo, replicó éste, y entró en la casa para ponerse su ropa de los dias de fiesta y tratar de saber lo que de él se exigia; pero no pudo saber nada. Terminado su tocador se colocó en la comitiva, que se puso en marcha. El bueno del carnicero que creia estar soñando, preguntó muy bajito á su principal mancebo que marchaba detrás de él:

—Perico, dime ¿dónde vamos?

Perico replicó soltando una carcajada:

—¿Queréis burlaros de mí, maestro?

—Habla, yo te lo mando, ¿quién te ha hecho adornar con ramaje mi casa?

—Un anciano que venia de orden vuestra, y que ¡por San Andrés! sabe hacerse obedecer. ¿No lo habeis enviado vos?

—Sí tal, se apresuró á decir el carnicero, que veia al verdugo mirarle y agitar el fatal pergamino. ¿Qué razones te ha dado para hacer estos preparativos de fiesta?

—¿Qué razones? El lugar á donde vamos lo explica bastante. Maestro, os quereis reir á mi costa.

—¿A dónde vamos? murmuró furioso el carnicero.

—Ved la comitiva que ya sube los primeros escalones de la iglesia de Santa María: el clero está en la entrada del pórtico. ¡Viva! gritó el mancebo, que se quitó su sombrero y lo tiró al alto ¡viva! porque no queria ser el único que no participase la alegre aclamacion de la muchedumbre.

El maestro Becmans entró, pues, en la iglesia sin saber lo que iba á hacer en ella, y hacia mil conjeturas á cual mas particulares. El clero condujo solemnemente hasta el coro, cerca del altar mayor, al ciudadano Becmans, que se colocó en una silla de terciopelo enfrente de la cual se hallaban otras cinco sillas. De repente tocó el órgano, y entró por la derecha Stina vestida de novia, conducida por sus dos hermanos, y por la izquierda la señora Claes apoyada en el brazo de su hijo. El maestro Becmans estuvo á punto de caerse desmayado.

—No valia la pena de haberle aplastado la cabeza para casarlo hoy con Stina, dijo el hijo mayor á su padre entregándole un cofrecito. Ved aqui lo que el anciano de la noche última me ha entregado para vos, despues de habernos hecho jurar á mi hermano y á mí el mas absoluto silencio sobre las ocurrencias de anoche.

Abrió el carnicero el cofrecito y encontró en el cerca de diez mil monedas de oro y dos magníficos anillos para los novios.

—Esto no va tan mal, pensó en su interior el carnicero. Si el condenado anciano hubiese dado ayer esta dote á su protegido, le hubiera ahorrado y á nosotros tambien bastantes angustias. Ven, pues, mi querido Joos, dijo en alta voz, abrázame y déjame darte el nombre de hijo antes de la bendicion nupcial...

Joos se arrodilló delante del maestro Becmans, que lo levantó y lo estrechó en sus brazos, diciéndole muy bajo al oido:

—Queda olvidado todo lo pasado ¿no es verdad?

—Os amaré y os respetaré como á verdadero padre, le contestó el novio.

Gertrudis enjugaba sus lágrimas, Stina se enternecia viendo á su padre y á Joos en tan buena armonía, y la ceremonia del matrimonio se terminó sin ningun otro incidente notable.

Cuando la comitiva volvió de la iglesia se dirigió á la casa del gremio de los carniceros: allí se habia preparado un banquete, que no por haber sido improvisado dejó de ser menos suntuoso. Los principales miembros del gremio rodearon á su jefe, y le felicitaron por la sorpresa que les habia causado. El maestro Becmans contestó alegremente que en materia de matrimonios era preciso no hablar ni á los parientes y los mejores amigos sino hasta el momento de terminar las cosas. Despues fué á reunirse con su yerno,

que no se cansaba de mirar á su esposa y repetirla cuanto la amaba.

—No me atrevo á creer en mi felicidad, decia Joos á Becmans. Momentos hay en que creo que estoy soñando.

¿Quién es ese desconocido á quien debo la vida, que ha cambiado como por encanto mi suerte? ¿Lo conoceis, padre mio? ¿Cómo ha obtenido de vos para mí la mano de Stina? Esta mañana al despertarme he visto alrededor mio al anciano, á mi madre y á mi novia. «El maestro Becmans te aguarda en el altar, en Santa María, me ha dicho. Adios.» Y ha desaparecido. Vuestros dos hijos han venido á buscar á su hermana, y yo me he puesto estos ricos vestidos que he encontrado sobre mi cama. ¿Por qué este misterio? ¿Por qué no puedo dar las gracias á mi bienhechor? ¿Por qué se oculta á mi reconocimiento?

—Tanto mas, que te ha dado por regalo de boda diez mil monedas de oro, dijo el carnicero, que no se cuidaba de contar á su yerno por qué medios habia logrado el anciano que diese su consentimiento á este matrimonio.

—¿Pero quién es ese personaje misterioso? ¿lo sabeis vos?

—¡Yo! no. Te ha dotado, y ya no habia desde entonces obstáculo alguno para tu matrimonio, y el matrimonio se ha verificado; y esto es cuanto sé.

—¡A la mesa! ¡a la mesa! gritaron los convidados, é interrumpieron asi esta conversacion.

Aun no habian concluido para Joos las sorpresas de aquel dia. Cuando llevó su muger á la casa de su madre, no solamente encontró en ella una rica vajilla de plata, sino magníficas telas de sedería y de lana, destinadas al tocador y equipo de la novia, y que manifestaban la munificencia de su desconocido protector.

Seguramente no habia en la apariencia hombre mas feliz sobre la tierra que Joos Claes. Sin embargo, algunas veces parecia preocupado como en otro tiempo, y presa de una secreta tristeza. Pronunciáronse estos síntomas mas y mas á medida que se acercaba el fin del mes, y en los primeros dias de setiembre su inquietud era mas clara y visible á los ojos de todo el mundo. Si Stina con lágrimas en los ojos le preguntaba la causa de su tristeza, y si le faltaba algo para ser feliz, la abrazaba convulsivamente, y le aseguraba que era el hombre mas venturoso. Luego á poco volvía á caer en su melancolía. Estremeciase cuando oia llamar á la puerta de su casa, como si una desgracia, un peligro le amenazase. Si alguna vez se dormia, despertábase sobresaltado, y miraba espantado en derredor de sí. Pasaba el dia entero en orar y llorar delante de un crucifijo que tenia en su alcoba; abrazaba á su muger, estrechaba y besaba las manos de su madre, le pedia que no le dejasen solo, y á todas sus preguntas solo respondia con gemidos y suspiros.

Al concluirse el dia que terminaba el mes pareció reanimarse. A la mañana siguiente recobró un poco de serenidad, y al fin de la semana se hallaba enteramente consolado, y se mostraba mas alegre que lo habia estado nunca desde su matrimonio. Todo respiraba en su casa un aire de felicidad envidiable. Joos trabajaba al torno durante el dia, y por las noches salía á paseo con su muger, y luego se entretenia con ella, y su madre en formar alegres proyectos para aumentar la felicidad de la familia.

—Momentos hay, decia Stina, en que estoy tentada de

creer que nuestra felicidad es un milagro, y nuestro misterioso desconocido un santo bajado del cielo para consolar nuestros pesares. Sin embargo, cuando me recuerdo la terrible escena que pasó á mi vista, las amenazas que dirigió á mi padre....

—No hablemos de eso, la interrumpió Joos, sintiendo un estremecimiento en todos sus miembros, no hablemos de eso, Stina.

Y volvió á caer en sus tristes meditaciones, de que no bastaron á distraerle las dulces caricias de su muger.

Pasó despues de algun tiempo esta nube, y volvió á mostrar su tranquilidad, y la alegría reinaba en su casa.

El 8 de octubre, dos meses despues de su matrimonio, Stina se hallaba un poco mala, y sentada sobre las rodillas de Joos, reclinaba lánguidamente su cabeza sobre el pecho de su marido. Gertrudis iba y venia de un lado para otro, disponiendo la cena, porque por nada del mundo queria que las delicadas y blancas manos de su nuera querida tocasen á los trastos de la cocina. De cuando en cuando con una sonrisa llena de malicia y bondad, echaba una mirada sobre el enamorado grupo, y volvía á sus ocupaciones que eran poner la mesa, y no dejar quemarse un pato asado que lentamente se doraba á las brasas del hogar.

En aquel momento entró un hombre en la tienda, y desde la tienda, sin cumplimiento, se entró en el cuarto donde se hallaban los dos jóvenes esposos.

Joos dió un grito de agonía, y Stina no se sintió menos sobresaltada, porque los dos habian reconocido al misterioso anciano.

—¡Estraña bienvenida dais al que debeis la vida y la felicidad! dijo con tristeza. ¡No me engañaba al creer que todos los hombres son ingratos! Mal he hecho en creer que tú valias un poco mas que los otros. ¡Adios, Joos! ¡Dios te perdone como yo, tu ingratitud!

Joos se precipitó hácia él, y le detuvo en el instante en que iba ya á salir á la calle, y volvió á entrar con él en su cuarto.

—¡No, mi querido bienhechor! exclamó, ¡no, yo no seré ingrato con vos; no, yo no faltaré á quien todo lo debo! ¡Adios, madre mia, adios, Stina! Es preciso que yo le siga. Dios os bendiga durante mi ausencia, y nos vuelva á reunir un dia!

A estas palabras prurupieron las dos mugeres en llanto y sollozos, el anciano las contempló algun tiempo en silencio.

—¡Adios! dijo el anciano, ¡qué importa que yo quede solo en el mundo, abandonado, sin nadie que de veras me ame! Estos consuelos de mi triste vejez, os cuestan demasiado caros, para que yo los quiera. ¡Adios!

Habia tanta aflicción en estas palabras del desconocido, que la misma Stina se sintió conmovida, y llena de compasión por el desgraciado.

—Joos, dijo ella entonces con efusion, ¡Dios castiga á los ingratos! Debemos nuestra felicidad á ese anciano. Seríamos unos miserables si vacilásemos en sacrificarnos por él. ¡Adios, querido mio!

—Mucho bien me hacen esas palabras, dijo el desconocido. Hace mucho tiempo que no las habia oido tan desinteresadas y generosas. ¡Sois una criatura noble y escelente! Escuchadme: me llevo conmigo á Joos, tengo necesidad de que me acompañe en un largo viage que voy á emprender: empero tan pronto como llegue á su término, os prometo

que haré que las dos os reunais con él. Consolaos, pues, porque vuestra separacion solo durará algunos meses.

A pesar de esta promesa la separacion de los dos esposos y de la pobre madre, fué en extremo dolorosa. No acertaban á arrancarse las dos mugeres de sus brazos, y lágrimas y sollozos espresaban su desesperacion. Armóse al fin de resolucion Joos, arrancóse de sus brazos, y echó á correr. Cuando llegó á lo último de la calle, aguardó á que se le reuniese su compañero, que andaba con bastante dificultad.

El anciano llevó al tornero hasta una carroza con cuatro caballos, que le aguardaba allí cerca. Subieron silenciosamente en ella, y los caballos echaron á correr á todo escape. El anciano parecia enteramente olvidado de que alguien le acompañaba. Hablaba en voz alta consigo mismo, y con entrecortadas palabras.

—¡Dios mio! decia, gracias. ¡Me habeis dado fuerzas para completar hasta lo último mi sacrificio! ¡He roto con las cosas del mundo, he rechazado la frágil vanidad de la tierra! ¡Cuánta ingratitud, cuánta miseria, cuánta bajeza! ¡Qué importa? ¡ya no pertenezco mas á la tierra! ¡Ahora marcharé con los ojos fijos en el cielo hácia el sepulcro que veo cercano! ¡El sepulcro, Dios mio! ¡Qué hora tan terrible aquella en que me pedireis cuenta de mi vida! ¡Señor, juzgádmela con misericordia, porque, vos lo sabeis, la fatal mision de que me habiais encargado, me imponia tristes deberes! Me era preciso cumplirlos, y mas de una vez he alzado mis ojos á vos, y he levantado mis manos pidiéndoos misericordia.

Agitábase al decir esto; una ardiente fiebre le consumia y sus manos cubrian su calva y arrugada frente.

—¡Joos! murmuró al fin, tengo sed, arde mi garganta, dame de beber, ahí hay en un cofrecito que se halla á mis pies, una botella y un vaso de plata.

Apresuróse á obedecer el joven, y vertió en el vaso un licor que le pareció encarnado, segun le permitió ver la claridad de la luna. Alivió un poco esta bebida al anciano, y quedóse tranquilo. No tardó en dormirse profundamente. Trató tambien Joos de dormir, pero el sueño no vino ni un instante á consolarle de la ausencia de los objetos que tanto amaba, y de los temores que le asaltaban.

No era, en efecto, para estar muy tranquilo la situacion del tornero. Hallábase unido al destino de un hombre rico y poderoso, sin duda, pero de quien ni sabia el nombre. Emprendia, en fin, un largo viage hácia un punto, con un objeto desconocido, y por un tiempo ilimitado. En vano se recordaba para tranquilizarse, las muestras de interes y munificencia que le habia prodigado su amo, no podia á pesar de todo disipar enteramente sus dudas y temores.

Hacia ya muchos dias que el carruage caminaba con una celeridad inaudita para aquella época, y al fin llegó á un puerto de mar. No se detuvo sino en la playa misma donde se hallaba preparada y aguardando una lancha. El anciano entró en ella acompañado de Joos, y no tardaron en alcanzar un navio que lo aguardaba para darse á la vela. Apenas los dos pasajeros habian entrado á bordo, el capitán del navio dió la señal de zarpar. Sacó el anciano su rosario, rezó con fervor, y con trabajo contuvo sus lágrimas.

En cuanto al pobre Joos sollozaba acordándose de su madre y de Stina.

(Se concluirá.)

ENRIQUE BERTHOUD.